No hay, pues, que alarmarse por niños ardorosos, impetuosos, arrebatados, de gran imaginación, altivos, de carácter irritable, de excesiva sensibilidad: podrá sacarse de ellos un gran partido, habiendo una mano capaz que tome las riendas y dirija hábilmente su natural fuerte y generoso.

Muchas veces niños que dan tanta pena, tienen un corazón excelente, una inteligencia elevada, un alma grande: se los ve siempre verdaderos, sensibles, sinceros; son de ordinario los más agradecidos, en el fondo los más dóciles, los que se acostumbran con más brío al trabajo, al amor á la ciencia, á respetar á sus maestros, más dispuestos á entusiasmarse por el bien que dejar arrebatarse por el mal. Y si su rica naturaleza llega, por la gracia de Dios y la buena educación, á triunfar de los defectos y debilidades de la edad, entonces estos niños prometen ser á los veinte años los más amables y generosos de los hombres.

## CAPITULO II

## Del niño. Necesidad de conocer sus defectos

La educación es medicina del alma; y si á ciegas obraría un médico que no estudiase y conociese las enfermedades del cuerpo, con más razón obraría á ciegas el educador que no estudiara y conociera á fondo el alma y el corazón del niño.

Es también la educación higiene intelectual y moral; y mal podría preservar el que ignora el tesoro confiado á su cuidado y con qué clase de enemigos tiene que luchar.

En el corazón, en el alma del niño hay mucho bien y mucho mal; se hallan en embrión excelentes cualidades y defectos terribles: desenvolver aquellas y ahogar éstos ó curarlos, vencer el mal con el bien, como dice San Pablo, hé aquí la gran misión del educador. Mas, para hacerlo

convenientemente, ¡qué discernimiento tan profundo del corazón y de los medios y remedios para desarrollar lo bueno y aniquilar lo malo!

• Y este corazón del niño, esta alma, despojada de los dones sobrenaturales y herida en su naturaleza, vulnerata in naturalibus, como dice el Tridentino, por la mancha original, es un abismo que nunca se sondeará y conocerá bastante: Abyssum et cor: y este corazón, sobre ser inabordable, es malo: Cor pravum et inescrutabile, difícil de conocer, como la altura de los cielos y las profundidades de la tierra: Sicut cælum sursum et terra deorsum. Y sin embargo, allí ha de penetrar la educación, si ha de hacer algo y no ha de defraudar á la sociedad.

À todo educador pueden decirse las palabras del Apóstol: Hæc meditare, in his esto, insta in illis. Hé ahí el corazón del niño, hé ahí el libro que hay que estudiar y profundizar sin cansarse; su estudio no tiene fin; siempre hay allí cosas nuevas que aprender: estad persuadido que á medida que sepáis leer en ese libro y penetrar sus interioridades, será fecunda vuestra educación.

La educación tiene que luchar constantemente contra un obstáculo íntimo, radical que sin cesar renace en el corazón, contra los funestos gérmenes, fatal legado del pecado original, y muchas veces también, de sus maleados ascendientes.

Ya Platón había dicho: «El niño que acaba de nacer no es bueno, pero podrá serlo por medio de una buena educación:» ¿con cuánta mayor certeza deberá hablar así el educador católico, enseñado por la fe y que cuenta en la educación medios infinitamentes superiores á los que conoció aquel filósofo?

La parábola del trigo y la cizaña nos da luces admirables del objeto y peligros de la educación. El trigo representa las buenas cualidades que Dios en la creación, en el bautismo y demás sacramentos, en la gracia de una buena educación ha sembrado en todo corazón de niño: junto á estos buenos gérmenes se hallan otros, pérfidos, numero-

sos también, verdadera cizaña, arrojada por el enemigo en medio del trigo en noche fatal: Superseminavit zizania et abiit.

Un descuido del educador, dum dormirent homines, basta, á veces, para que los gérmenes de maldición se desarrollen y sofoquen las buenas cualidades, el trigo: sorpréndese uno, al ver con espanto germinar defectos que pueden aniquilar la educación más completa, no teniendo presente que, á consecuencia del pecado original, en medio del trigo se halla la cizaña, que había que contar con ella para sofocarla, ahogarla, no dejarla por descuido desarrollar; pero viene la indignación tras la negligencia, ¿vis, collegimus ea? Vamos á arrancarla. Así la educación se ve comprometida por el sueño ó negligencia primero y por la ira ó indignación después.

El padre de familia prohibió arrancar la cizaña por temor de arrancar también el trigo, enseñándonos la exquisita prudencia y las mayores precauciones para salvar en la corrección las buenas cualidades, y porque en la Iglesia católica, dice San Agustín, hasta la cizaña puede convertirse en buen trigo.

En la educación, primer cultivo de las almas, se necesita un gran discernimiento para no arrancar lo bueno que crece junto á lo malo, dejar germinar las buenas cualidades y ahogar en germen los vicios, radicados también en el corazón. Y todo esto; ¡qué conocimientos requiere!

Un celo falso, descuidado ó impetuoso no sabe sinó reposar lánguidamente en sueño deplorable ó agitarse indignado para arrancar y destruir todo en el alma. No es así como se da la educación: el verdadero celo procede de otro modo.

Lo primero que hay que hacer para conocer los defectos que radican en el corazón de los niños es observar sus faltas, cosa generalmente fácil, y que como cosas exteriores están al alcance de cualquiera: de ahí se pasa á conocer los defectos que son su raiz, según la enseñanza del divino Maestro: «Por los frutos se conoce el árbol.» Corregir las faltas ya es hacer algo, corregir los defectos es todo.

Avisar á un niño de sus faltas es ya hacerle un grande bien, avisarle de sus defectos es bien incalculable.

Pocos son los verdaderos amigos de los niños que les enseñan á conocer sus faltas y menos sus defectos, para lo que se necesita celo, sinceridad y discernimiento: esto debe hacerlo el educador.

Al hablar Dupanloup de la necesidad que tiene todo maestro de conocer los defectos y faltas de los niños y de avisarlos sobre esto, recuerda á los profesores, que ante todo ellos sean los primeros en conocerse á sí mismos y mútuamente avisarse; y decía que no creía ver marchar bien su casa de educación, hasta que conseguía despertar en todos, maestros y discípulos vivo ardor por el estudio y gran deseo de advertirse sus defectos.

Si el educador se conoce á sí mismo, tiene mucho adelantado para conocer á los niños: recordando lo que es él mismo, *memor conditionis suæ*, sabrá ser indulgente con los demás; pues no hay defecto ó falta, dice San Agustín, en nuestro prójimo, que nosotros no podamos tener, á no preservarnos la gracia de Dios.

Sabido es que una de las máximas de la sabiduría antigua era: conocerse á sí mismo: Nosce te ipsum, y una de las cosas que más pedía San Agustín á Dios era: conocerle y conocerse: Noverim te, noverim me.

Uno de los más señalados beneficios que puede recibir un educador es ser advertido de sus defectos personales por quien, al hacerlo, se le mostraría amigo verdadero, sincero, amigo del alma.

Tres importantísimas advertencias tendrá presentes el educador al tratar de los defectos de los niños.

1.ª Que el niño tiene defectos que no conoce. Si el educador no se los advierte, estos defectos van echando hondas raices en su corazón, y lo que al principio con facilidad se arrancaría, si el tiempo pasa, y el defecto crece, crecerá también el trabajo para extirparlo. A veces el educador mismo, sin darse cuenta, fomenta en los niños sus defectos:

hé aquí un niño dócil, aplicado, irreprensible, obtiene las mejores notas, los primeros puestos, se le alaba, se le pone á los demás como modelo; y si esto no se hace con exquisita prudencia, se fomenta su orgullo, y el día en que incurre en una falta, en una reprensión, se verá estallar su vanidad, y dará á conocer que el defecto terrible del orgullo estaba en su corazón é iba creciendo insensiblemente.

Así puede suceder con la envidia, la sensualidad, la ira y demás defectos: no, porque se los ignore, dejan de estar en el corazón; y hay que combatirlos; y tanto más, que de no hacerlo pronto, de niños, el tiempo, lejos de darlos á conocer, los fortifica; y se llega á treinta y cuarenta años, sin saber que se tienen; y después de haber llenado la vida de pesares sin cuento. Un amigo del alma os dice: mirad, tal defecto que no conocéis es la causa de todos vuestros disgustos; y entonces ó se hace un esfuerzo sobrehumano para combatirlo, ó no se hace caso, se persevera en la ceguera, y la desgracia es irreparable.

2.ª El niño tiene defectos que no quiere conocer. Esta mala voluntad de no querer conocer sus defectos es extraordinaria en algunos niños: hay algunos, por ejemplo, tan falsos, tan disimulados, tan mentirosos, que estos defectos, parece, forman en ellos su carácter dominante, y lejos de querer conocerlo así, se engañan á sí mismos, como quieren engañar á los demás.

Lamentable es que uno no conozca sus defectos y mucho más que no quiera conocerlos: proviene esto de cierta mala disposición del corazón que no quiere conocerse para no condenarse, ó de secreta cobardía en hacer esfuerzos para corregirse.

El amor propio y la cobardía, hé aquí los dos funestos principios de esta ignorancia voluntaria. Dice la Escritura:

No quiso entender para no obrar bien: Noluit intelligere ut bene ageret.

Á veces consentirá un niño en ser avisado de una falta que se ve, se palpa, no se puede negar: no le será tan fácil oirse hablar del defecto exterior que es la causa, y mucho menos si el defecto es íntimo, toca á lo más vivo de la persona, al fondo del carácter, al yo: aquí con frecuencia irrita la menor contradicción; la más sencilla observación hiere, exaspera toda reprensión. Entristece ver á estos pobres niños, cómo están siempre vigilantes, atentos, sobre las armas, contra todo el que quiera hacerles el gran bien de ayudarles á conocerse.

Sólo un padre, una madre y mejor un educador celoso y atento, entregado de corazón á sus discípulos puede advertirles con prudencia, utilidad y eficacia; pero siempre á condición de manifestarles el más tierno amor aún en las palabras más vivas.

3.ª El niño tiene defectos que conoce y no quiere enmendar. Este caso por desgracia más frecuente de lo que parece, es una positiva infidelidad al deber, á la virtud, infidelidad tan culpable como funesta: hay que apelar entonces á los medios heroicos que sólo tiene la religión. Compréndese fácilmente la suma importancia de conocer pronto los defectos, de desear conocerlos y ser advertidos, y que ni ante Dios ni ante los hombres tiene excusa el que conoce un defecto y no cuida de corregirlo.

Es también sumamente peligroso fomentar cualquier defecto, porque crece, se agranda, llega á dominar, y sus fatales consecuencias son incalculables: vese esto lastimosamente en la sensualidad y orgullo de los niños; cuán fácilmente se convierten en dos tiranos, y los males sin cuento que su despotismo causa en su pobre corazón y hasta en su parte física. Á causa de la caida original todo defecto descuidado tiende á convertirse en tirano; como al revés, toda buena cualidad, no cultivada tiende á desaparecer y á frustrar las buenas esperanzas y los llamamientos de Dios

Prácticamente pueden dividirse los defectos positivos ó negativos en corporales, intelectuales y morales.

La educación de la niñez tiene grandes recursos para hacer desaparecer muchos defectos ó atenuarlos convenientemente. Son defectos exteriores muy conocidos: la mala pronunciación, un hablar desordenado, áspero, gestos ridiculos, un tono salvaje, falta de aseo, falta de formas y en general todo lo que hallamos repugnante al exterior que puede corregirse con perseverancia, y que después hasta podrá anular las más brillantes cualidades.

Son defectos intelectuales: la carencia de juicio práctico de las cosas, tan á propósito para perderse y perder á los demás, y cuyo remedio se halla sólo en conocer que se tiene ese defecto y en desconfiar de sí mismo: la falta de talento para un objeto especial, que hace que uno pierda miserablemente sus fuerzas y su tiempo: la falta de penetración en lo íntimo de las cosas, sin la que los asuntos más delicados, las funciones más importantes se comprometen sin darse uno cuenta: la falta de sensibilidad que inhabilita para ciertos cargos en que se necesita saber llegar al corazón de las personas, acomodarse á su alegría ó á su dolor y dar oportunamente ánimo ó consuelos eficaces: la falta de gusto que impide á las concepciones ser á la vez brillantes y sólidas, que las hace afectadas, hinchadas extrañas, ridículas.

Son defectos morales: un carácter frío, reservado con exceso, sin la dulce y afectuosa afabilidad y sin la expansiva sensibilidad: un carácter duro que un poco suavizado sería un gran carácter firme: un carácter brusco que revela exceso de actividad y de celo: un carácter ligero, vano, caprichoso, disipado, indiscreto, origen de las consecuencias más fatales: hay también un carácter desigual, frívolo y serio, vano y razonable, inteligente y débil en que la inteligencia apenas influye sobre el corazón, ni éste sobre la inteligencia; indefinible sin mucha atención y esfuerzo.

Hé aquí los principales defectos que una buena educación deberá corregir en los niños.

Según que los defectos se refieran á lo físico, á lo intelectual ó á lo moral deberá el digno educador esforzar su celo para persuadir á los niños á que los corrijan desde luego, si quieren brillar algún día en la sociedad, y no vivir bajo la ignominiosa tiranía de sus pasiones: les hará comprender que las faltas pequeñas que ahora hacen, dejan de serlo si se mira á la raiz de donde derivan; que esta raiz, que estos defectos que les hacen cometer ya ciertas faltas, les harán cometer más tarde otras mayores, si pronto no se deciden á atacarlos animosamente.

Con estas y otras consideraciones justificará á los ojos de los niños su vigilante severidad y los decidirá á combatir sus defectos con voluntad generosa.

Si un niño, si un joven tiene la dicha de ser advertido, el buen sentido de recibir la advertencia, la buena voluntad de hacer lo que pueda y la docilidad de atenerse á lo que infaliblemente le llevará al bien, no hay defecto alguno que no pueda corregir, y no hay fatales consecuencias que no puede prevenir.

No hay niño, no hay joven de mediana disposición á quien no puede decirse con toda seguridad: sé dócil y aplicado y harás grandes cosas. La docilidad, la humildad en los jóvenes no sólo es gran justicia, es también gran sabiduría.

Si á jóvenes vanos y ligeros no es fácil persuadir esta docilidad, esta sabiduría, no por eso es imposible: una buena educación lo puede todo. Conozco actualmente, dice el Obispo de Orleans, hombres de todas categorías, eminentes sacerdotes que ocupan con honor las más encumbradas posiciones, que hubieran sido ignoradas medianías sin el beneficio de la educación y sin la docilidad de su juventud: mas, merced á esta doble dicha hombres ordinarios han dado frutos más que ordinarios, han sabido llenar los vacíos que había en ellos, desarrollar sus buenas cualidades, y sacar de sí mismos todo lo que Dios les había dado, y así han conseguido elevarse sobre su mismo natural, y ahora servir con gloria á la Iglesia y á la sociedad.

Conviene repetirlo: no hay defecto físico, intelectual ó moral que no pueda corregirse ó atenuarse en la niñez con docilidad y aplicación; no hay carácter débil que no pueda fortalecerse, ni áspero é irascible que no pueda suavizarse,

ni duro é intratable que no pueda dulcificarse; basta para ello que haya en los educadores inteligencia y celo y en los jóvenes docilidad para recibir las advertencias, tan penosas á veces de escuchar y tan importantes en seguir.

Si Dios ha hecho sanables á las naciones: Sanabiles fecit, ha sido, ante todo, por la niñez, por la juventud, que tierna todavía, el mal no le ha penetrado hasta los huesos.

Conocida es la historia del solitario de la Tebaida y de la palmera, cómo no pudo arrancar la palmera fuerte, arraigada, de muchos años, y cuán fácilmente lo hizo con la tierna, poco arraigada y de pocos años.

El triunfo, la gloria de una buena educación consiste en hacer grandes cosas: ella tiene recursos para luchar ventajosamente con las naturalezas más difíciles, corregirlas, trasformarlas. Sin duda debería empezar desde la cuna la educación de la niñez; y desgraciadamente la mayoría de los padres con su ceguera y complacencias, lejos de empezar por educar y perfeccionar á sus hijos, empiezan por viciarlos y corromperlos, y así los presentan á las casas de educación: sin duda el mal es ya grande y la educación muy comprometida; pero todavía hay esperanza.

Un joven puede ya tener á los diez, á los doce años costumbres deplorables; pero todavía no son antiguas, no están fuertemente arraigadas. Una buena educación puede interrumpirlas y abrir una nueva fase: el reglamento, el estudio y sobre todo la piedad pueden reemplazar con felicidad á la imaginación extraviada, al capricho, á la indolencia, á la sensualidad; pero no hay que perder tiempo: hay que trabajar con firmeza y energía, aunque dulcemente, en perfeccionar una educación tan lastimosamente comenzada; este es el deber del digno educador y su más noble y laboriosa misión: á él, como en otro tiempo á un profeta se le dice: «Arranca y planta, destruye y edifica: Ego posui te ut evellas et distruas, et ædifices et plantes, y haz esto en lo más íntimo del alma, en los repliegues más profundos del corazón.

El educador que no sabe esto, no sabe nada de su verdadera y gran misión. Conviene también tener presente que el primer agente de la educación es Dios, el segundo, el niño mismo y el último el educador, quien después de pedir á Dios bendiga su trabajo, persuade al niño con inteligencia y celo á que trabaje sobre sí mismo, y coopere con su libre concurso á la educación; porque entonces, en la juventud el hombre puede todo sobre sí mismo, y se decide para el bien ó para el mal su vida presente y venidera.

## CAPÍTULO III

## Las tres concupiscencias. El orgullo

En un solo capítulo trata el P. Pendola en su Guia de la juventud de las tres concupiscencias, funesto legado del pecado original con que todos venimos á este mundo: por ser esta materia la más trascendental en la educación que, en último resultado, no es más que la lucha contra las tres concupiscencias, trataremos separadamente de cada una de ellas en capítulo á parte.

Toda la ciencia del paganismo y de sus más grandes hombres no nos ha iluminado sobre lo más íntimo de nuestro ser, sobre los repliegues más ocultos de nuestro corazón, sobre la corrupción radical de la humanidad como estas palabras del discípulo amado: «Todo lo que hay en el mundo es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida: Omne quod est in mundo, concupiscentia carnis est, concupiscentia oculorum et superbia vitæ.

Sólo Dios ha podido enseñarnos con esa energía, con esa claridad la profundidad, donde se halla el origen de todos nuestros defectos: con esta luz se ve lo más impenetrable de la naturaleza humana; y todo hombre puede conocer lo más íntimo y oculto de sí mismo: sin la brillante antorcha de esas pocas palabras el mundo moral, la humanidad toda no es más que un enigma.